

HISTORIA GENERAL
DE FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 154 y 155.

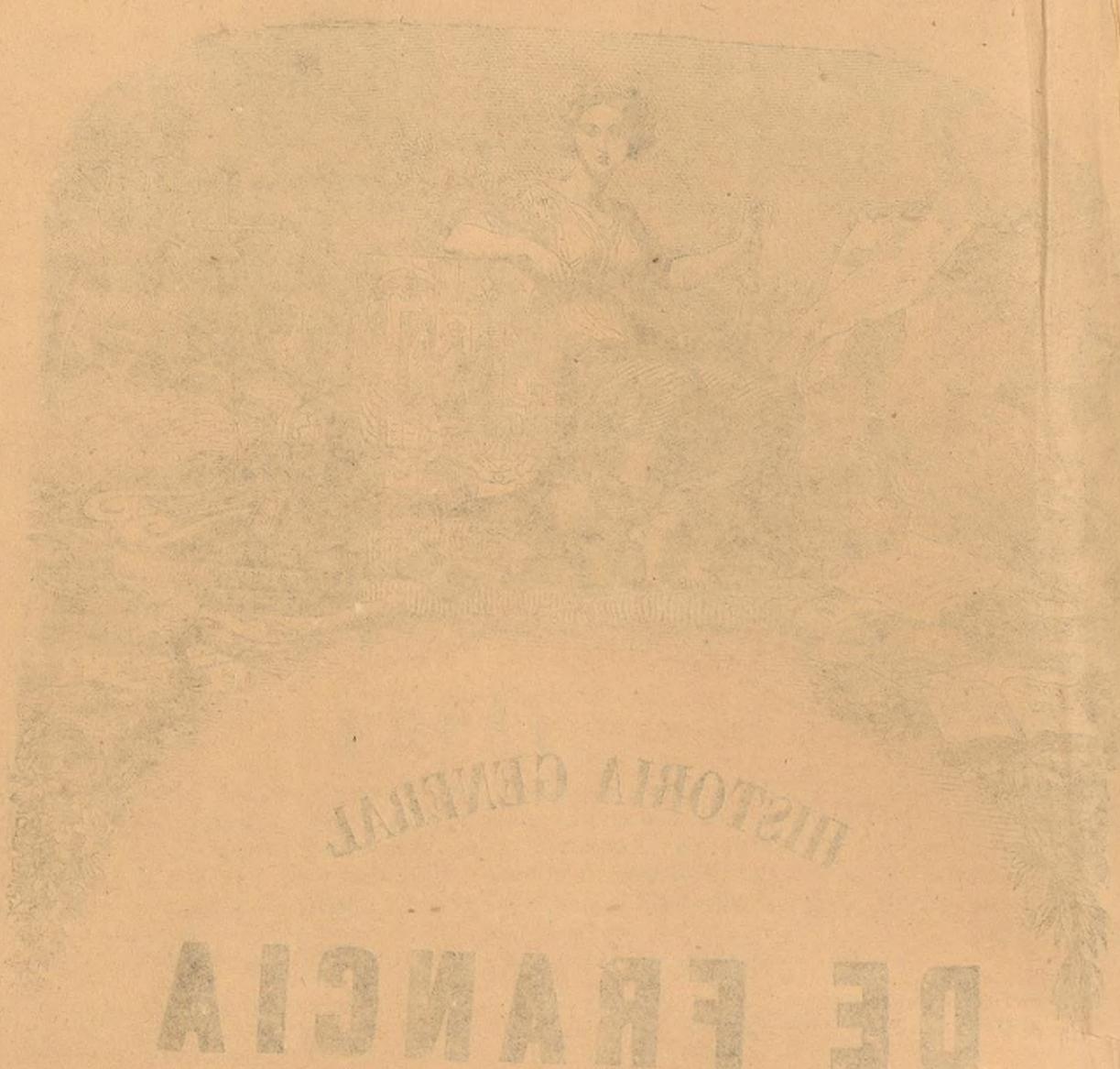
BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1873.

L47
1799



HISTORIA GENERAL

DE FRANCIA

D. VICENTE GIL Y CA. EDITORES

Colinas 151 y 152.

BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA

CALLE DE PASADORS 47. 94 Y 96.

1878.

L47-1799

V. Junio 12/76

ejército francés se dirigieron contra Neerwinden que era la llave de la posición. Tres veces fué tomada esta aldea y tres veces per-

ballería francesa, que hacia diez horas que permanecía impasible sufriendo el fuego de cañones, ¡insolente nación! exclamó con fu-



COMBATE NAVAL DE LAGOS (1693).

dida. Guillermo creia segura la victoria despues de haber rechazado á los sitiadores fuera de las trincheras al frente de su regimiento de refugiados; pero viendo desordenarse la ca-

ror. Los regimientos de la casa real hicieron entonces el último esfuerzo, tomaron á Neerwinden por el flanco, permanecieron allí á pesar de un fuego espantoso, y rechazaron el

ala derecha de los aliados hasta Gheté. Desordenándose entonces el centro, Guillermo emprendió con orden la retirada.

La batalla costó á los aliados catorce mil hombres y ocho mil á los franceses, pero tuvo esta brillante victoria las consecuencias de la de Fleurus; todo el fruto de ella se redujo á la toma de Charleroy. El ejército estaba falto de víveres y la Bélgica asolada, los vencidos recibieron refuerzos, y Luxemburgo, que solo tenia actividad y genio en medio del fuego de las batallas, volviendo á caer en la indolencia y en su afán de placeres y diversiones, se valió de este pretexto para dejar libre al enemigo. Nunca habia parecido la guerra tanto como entonces un juego sangriento provechoso tan solo para la gloria del general vencedor, en vez de un medio precioso de conquistar la paz.

Aunque el ejército que mandaba el delfin ascendia á ochenta mil hombres, no ejecutó en el Rhin un movimiento inspirado por una idea precisa y un plan prefijado; se creia que el mejor medio de no ser vencido consistia en rehusar las batallas, y las tropas permanecian acantonadas en las líneas desde donde se enviaban destacamentos para asolar y llenar de terror el país enemigo. Este ejército además estaba enteramente indisciplinado, merodeando siempre, incendiaba las aldeas y ciudades subalternas, y los generales se veian en la precision de ahorcar veinte soldados cada dia. Cruzó por fin el Rhin, pero fué tan solo para destruir segunda vez el Palatinado. El mariscal de Lorges manchó su nombre con atroces crueldades en la toma de Heidelberg, y el príncipe de Baden, que sitió en Heilbronn sin poder ser rechazado, detuvo la marcha invasora y sangrienta de los franceses.

Los aliados reorganizaron en Italia su ejército y trataron de penetrar otra vez en el Delphinado, pero Catinat les salió al encuentro en todas partes. Pusieron entonces sitio á Pignerol. El mariscal, despues de haberse robustecido con los refuerzos de Flandes, salió de Suiza, y resolvió volver á tomar la ofensiva. Creyendo el enemigo que se dirigia á li-

bertar á Pignerol, levantó el sitio y emprendió la retirada, pero al ver que se acercaba á Turin, se detuvo en el arroyo de Cisola en Marsaille, y se vió precisado á combatir (4 de octubre de 1693). La batalla fué muy encarnizada, los refugiados calvinistas perecieron casi todos heroicamente, y por último, una carga á la bayoneta de veinte batallones franceses derrotó completamente al enemigo haciéndole perder doce mil hombres y toda su artillería. Esta fué la primera vez que la bayoneta representó un papel decisivo en una batalla. La victoria fué completa, y Catinat quedó dueño absoluto del Piamonte.

19.—La guerra seguia en el mar con no menos encarnizamiento. Francia habia reparado muy pronto el desastre de Hougue, y las dos escuadras de Tourville y de Estrées formaban ochenta naves; pero los aliados tenian ciento quince, y recorrian las costas de Normandía para apoyar la llegada de una gran flota de levante compuesta de ciento cuarenta buques mercantes escoltados por veinte y siete navíos. Tourville fué á esperar esta flota á las costas de Portugal, la alcanzó cerca del cabo de San Vicente y venció su escolta. Entonces la escuadra formó un semicírculo en el cual apresó é incendió todos los buques que encontrara, y solo se salvaron quince navíos y cincuenta buques mercantes que se refugiaron en los puertos de España. Tourville los persiguió hasta Cádiz y Málaga, y destruyó en estos puertos todas las naves. Esta victoria costó á los aliados mas de cuarenta millones, y llenó de consternacion su comercio.

Francia dominaba los mares con sus corsarios lo mismo que con sus armadas. Salian continuamente de los puertos franceses escuadras mandadas por Duquecy-Trouin, Juan Bart, Jorbin, Nesmond, Pointes y Ducasse que saqueaban las costas de España, intentaban desembarcos en Escocia é Irlanda, y sorprendian las flotas y convoyes, ó bien navíos aislados y tripulados por intrépidos marinos que emprendian expediciones lejanas con una audacia que raya en lo fabuloso. En todas partes se hallaban corsarios franceses, aparecian

al mismo tiempo en todas las costas, acometían los navíos de primer orden, atravesaban por entre numerosas escuadras, y parecía que se burlaban de los vientos lo mismo que de los enemigos. Casi todos eran bretones ó normandos, habituados á las fatigas y privaciones, que desafiaban los peligros, peleaban por la codicia del botin, y volvian llenos de triunfante regocijo á Dunquerque, á Dieppe, al Havre ó á San Malo con los despojos de los comerciantes de Lóndres y de Amsterdam.

San Malo era ya la ciudad marítima mas rica de Francia, sus corsarios los mas atrevidos, sus bajeles los mas veleros, y sus presas las mas numerosas é importantes; y en el transcurso de nueve años, se apoderó de doscientas setenta y dos naves de guerra y de tres mil trescientos ochenta barcos mercantes. Los ingleses estaban llenos de indignación contra esta ciudad, enviaron á bombardearla una escuadra de veinte navíos (29 de noviembre de 1693) que lanzó sobre ella un barco incendiario de inmensas dimensiones, que la hubiera destruido desde sus cimientos á no haber estallado á distancia de media legua de la ciudad. La guerra tomó un carácter de bárbara atrocidad que acarrearía el incendio del Palatinado y que se extendió hasta las colonias europeas; los holandeses se apoderaron de Pondichery, los ingleses asolaron á Santo Domingo y la Martinica, y los franceses arruinaron la Jamaica y Terranova.

20.—Luis XIV conservaba íntegra la superioridad que habia conseguido sobre la Europa entera; pero conocia que iban faltando las fuerzas, y los aliados redoblaron sus esfuerzos para abrir la campaña de 1694, de modo que todos los generales franceses recibieron la orden de mantenerse en la defensiva, á escepcion del mariscal de Noailles, que teniendo que combatir mas con los españoles, podia decidir el término de la guerra con sus victorias. Luxemburgo estaba situado entre Mons y Manbeuge. Habiendo Guillermo intentado en vano obligarle á presentar batalla, se dirigió al Escalda para apoderarse de las ciudades de la Flandes marítima, que podia

estrechar entre su ejército y su escuadra. Luxemburgo adivinó su intento, hizo que perdiera toda su caballería, y con el resto de su ejército cruzó una distancia de cuarenta leguas en cuatro dias. Cuando Guillermo llegó al Escalda y vió á los franceses atrincherados detrás del rio, se quedó absorto y se puso en retirada. Esta fué la mas brillante y la última campaña de Luxemburgo, pues murió al año siguiente, y fué su sucesor el mariscal de Villeroy, cortesano frívolo y presuntuoso, á quien Luis XIV profesaba una ciega predilección.

En el Rhin todo se redujo á escaramuzas y marchas insignificantes «para proporcionarse víveres en país enemigo;» y en Italia, Catinat estaba reducido á la defensiva, por los refuerzos enviados á Cataluña, y donde el duque de Saboya estaba negociando secretamente con la corte de Francia. En Cataluña, Noailles venció á los españoles en Vergés del Ter (21 de mayo de 1694), se apoderó de Palamós, Gerona, Hostalrich y Castellfollit, é iba á poner sitio á Barcelona de acuerdo con Tourville, cuando frustró este proyecto una escuadra enemiga de ochenta naves que llegó al Mediterráneo.

Los ingleses trataron en tanto de convertir en ruinas los albergues de corsarios que entorpecian y defraudaban su comercio, ejecutaron un desembarco cerca de Brest, pero acudió allí Vauban que estaba encargado de fortificar todas las costas, guarneció rápidamente la rada con doscientos cañones y morteros, y atacó con tanto arrojo á las tropas del desembarco y la escuadra (18 de junio de 1694), que todos los enemigos se vieron precisados á huir á bordo con pérdidas considerables. Los ingleses incendiaron á Dieppe cuyas casas eran de madera, pero atacaron infructuosamente al Havre, Dunquerque y Calais. Estas expediciones no fueron suficientes para contener las correrías aventureras de los corsarios franceses. Los holandeses se apoderaron de un convoy que el rey hacia venir del Báltico; Juan Bart los atacó con seis fragatas en frente de Tuxell, y los venció (19 de

junio de 1694). Les apresó tres buques y condujo el convoy á Francia.

21.—Luis habia terminado todos sus recursos rentísticos. Lepelletier y despues de él Pontchartrain se ingeniaron incesantemente para llevar el tesoro, y no podian atender á los enormes gastos de una guerra que absorbió en diez años la cantidad de setecientos tres millones cuatrocientas diez y ocho mil libras. Ya se habian pedido cantidades extraordinarias á las ciudades, al clero y á los particulares, y se habian refundido y alterado las monedas elevando su valor desde veinte y seis libras y quince sueldos á veinte y nueve libras y cuatro sueldos, operacion que produjo cuarenta millones. La contribucion subió al doble de lo que era en tiempos de Colbert. «Pontchartrain sacó en ocho años ciento cincuenta millones con el derecho sobre las pieles curtidas y la cera, inventando nuevos empleos, y con otros medios onerosos;» constituyó gobiernos en las ciudades y villas mas insignificantes, y sacó seis millones de la venta de estos cargos; obligó á los que habian comprado cargos y dignidades en la última guerra á que confirmasen su posesion, y les arrancó cuatro millones; vendió quinientas cartas de nobleza á dos mil escudos cada una, vendió títulos, y vendió por fin los destinos de alcalde, regidor, etc. La creacion y venta de todos estos empleos era una inmensa llaga que amenazaba gangrenar el gobierno de Luis XIV; creáronse en el espacio de treinta años cuarenta mil empleos nuevos; y su venta, al mismo tiempo que corrompia el carácter nacional, multiplicó las corporaciones, disminuyó el número de los contribuyentes, y fué una verdadera enajenacion de la soberanía.

22.—Estos desórdenes llegaron al colmo con la creacion de un impuesto regular que no debia durar mas que la guerra (1695); llamábase la *capitacion* establecida sobre todos los jefes de familia, los cuales estaban repartidos en veinte y dos clases sin distincion de clase ni de órden y segun su fortuna, siendo designado en la primera el delfin (1). Este

(1) La primera clase, que comprendia solo el delfin, pagaba dos

impuesto produjo veinte y dos millones, y aunque era el mas justo de todos, solo sirvió para aumentar la miseria pública.

Existian tantas cosas cargadas con el impuesto y que no podian escaparse á la estensa red con que los empleados de hacienda habian cubierto todo el reino, que todos preferian estar ociosos á trabajar y ver el fruto de su trabajo convertido en utilidad del fisco. Todos estos impuestos estaban repartidos y cobrados del modo mas ilegal, arbitrario y tiránico, y la recaudacion era tan onerosa, que el Estado no percibia la mitad de lo que exigia á los ciudadanos. Las reformas de Colbert habian desaparecido por su insuficiencia. El impuesto pasaba por las manos de mas de cien mil recaudadores, contra los cuales no habia recurso alguno, porque no existia ninguna gerarquía entre ellos, ni dependian de una administracion central, y eran ellos mismos sus propios jueces. De modo que se demostró por medio de una estadística de Francia redactada en 1698 para instruccion del duque de Borgoña que habia países que habian perdido la tercera parte y hasta la mitad de la poblacion por los estragos de la guerra, la enormidad de los impuestos, la organizacion de las milicias y el paso de los soldados. Vauban escribia en aquel mismo año que una décima parte del reino estaba reducida á la mendicidad y mendigaba realmente (1). La Francia parecia abocada á una pendiente de decadencia semejante á la de España, y á pesar de su miseria, que formaba la esperanza de los aliados, se veia obligada á continuar la guerra.

23.—Guillermo tenia necesidad de ganar

mil libras; la segunda mil quinientas; la tercera mil y la vigésima-segunda una libra.

(1) «Segun las investigaciones que he podido hacer durante mis estudios, he notado que en estos últimos años mas de la décima parte del pueblo está reducida á la mendicidad y mendiga en efecto; que de las otras nueve existen cinco que no se hallan en estado de hacer limosna, porque ellas mismas se ven reducidas cuasi á una condicion tan desastrosa, que de las cuatro partes que restan las tres están en malas situaciones y llenas de deudas y procesos; y que la décima, en la cual coloco á las gentes de espada y de toga, eclesiásticos y seglares, toda la alta nobleza, la nobleza distinguida, los empleados militares y civiles, los comerciantes ricos y los propietarios que viven de sus rentas, no se pueden contar cien mil familias, y no creeria mentir si dijera que no hay diez mil, entre grandes y pequeños, que pueda asegurarse que se hallan completamente sobrados.» (Vauban, *Diezmo real*).

una batalla: acababa de morir su mujer que era la única que le daba algún derecho al trono (1), y parecía que solo se sostenía en Inglaterra por un milagro. Al frente de sesenta mil hombres se presentó delante de los mu-

príncipe de Vaudemont con treinta mil combatientes en el Mehaigne para apoyar el sitio. Villeroy tenía ochenta mil hombres y podía aniquilar á los treinta mil, pero marchó con tanta lentitud que el enemigo tuvo tiempo



TRATADO DE RISWICK.

ros de Namur, (donde logró entrar al mariscal Boufflers con treinta batallones), y dejó al

(1) María, que profesaba á su esposo una adoracion fanática, no manifestó jamás remordimiento por la conducta que observó con su padre. Gobernaba á Inglaterra en ausencia de Guillermo, y eran sus consejeros el refugiado francés Jurieu, uno de los ministros calvinistas mas exaltados, y Burnet, sábio doctor inglés que habia preparado la revolucion.

suficiente para emprender la retirada. Aun era tiempo, no obstante, de destruir su retaguardia; el duque del Maine, que mandaba el ala derecha, recibió orden de atacar, pero á pesar de las súplicas de sus oficiales, permaneció inmóvil, y Vaudemont se salvó sin obstáculo ni daño de una segura derrota. Vi-

lleroy trató de distraer á Guillermo del sitio de Namur tomando á Dixmura y bombardeando á Bruselas, pero no sirvió de nada á la guarnicion de Namur que capituló despues de una brillante resistencia (2 de setiembre de 1696).

En los demás teatros de la guerra no acaeció ningun suceso de importancia. Los aliados continuaron en los mares bombardeando los puertos franceses, y se establecieron en todas partes baterías flotantes para rechazar sus ataques. Amenazaron ciento treinta velas todas las costas, pero se limitaron á saquear y devastar en Calais, Bella-Isla, en las Arenas de Olonne y la isla de Rhe.

Los franceses continuaban tambien con igual éxito su guerra de corsarios. Juan Bart, bloqueado por catorce navíos ingleses en Dunquerque, salió con siete fragatas saludando al enemigo con todos sus cañones, y encontrándose con una flota holandesa de ochenta velas que venia del Báltico escoltada por cinco fragatas, se apoderó de la escolta y de cuarenta barcos. A su regreso encontró trece navíos ingleses que le obstruian el paso; quemó sus cinco fragatas, pasó por en medio de los ingleses, y volvió á entrar con su presa en Dunquerque.

La Francia no cesaba de negociar, y segun el carácter de su diplomacia, trataba de conferenciar separadamente con sus enemigos. Veíase ya libre del menos belicoso, pero no del menos temible, que era el papa. Habiendo muerto Inocencio XI, seguian su misma política sus sucesores Alejandro VIII é Inocencio XII; pero Luis negoció con este último, que consintió en conceder las bulas de los obispos nombrados por el rey, pues todos estos prelados desaprobaban la declaracion de 1682, y el rey escribió de su letra una carta al papa diciéndole que desistia de esta declaracion.

24.—Se trabajó en seguida para separar de la liga al duque de Saboya, pero para conseguirlo fué preciso que Luis XIV convirtiese en gran soberano á un vasallo desprendido de la unidad francesa. La corte le devolvió todos sus Estados y le cedió el Pignerol (20 de agos-

to de 1696), la llave de Italia que en el transcurso de siglo y medio habia pertenecido mas de cien años á Francia, se destinó á su hija en casamiento para el duque de Borgoña, primogénito del delfin, y fué tratado en lo sucesivo lo mismo que los soberanos coronados. Prometia con estas condiciones unir sus tropas á las de Francia para obligar á los aliados á reconocer la neutralidad de Italia.

Esta defeccion desordenó la liga, y se entablaron negociaciones para tratar de la paz general y del arreglo de las diferencias de Francia con los aliados en Ryswick (1), cerca del Haya, bajo la mediacion de la Suecia, potencia que habia abandonado la coalicion al empezar las hostilidades y permanecido neutral. Guillermo no pudo resistir por mas tiempo á las quejas de Inglaterra y de Holanda, que eran las únicas que pagaban los gastos de la guerra sin esperanza de añadir á sus provincias un palmo de territorio. Solo el emperador queria continuar las hostilidades, con la halagüeña idea de que la liga existiria aun en el momento que él suponía muy próximo en que el trono de España quedase vacante con la muerte tan esperada de Carlos II. Este fué por cierto el motivo que decidió tambien á Luis XIV á sacrificarlo todo para obtener la paz, y por esta razon ofreció condiciones que no estaban de ningun modo en relacion con los triunfos y ventajas que habia conseguido en toda la guerra, y que podian parecer humillantes, como entre otras el reconocimiento de Guillermo III, la cesion de todas sus conquistas, la restitucion de Lorena, etc. No fueron admitidas, y se vió precisado á comprar unas condiciones tan moderadas con nuevos triunfos.

25.—Partió á Flandes un numeroso ejército mandado por Catinat, Bufflers y Villeroy, los aliados se presentaron con cien mil combatientes, pero las operaciones se redujeron á la toma de Ath por los franceses (junio del año 1697).

(1) Los negociadores franceses eran Cailleire, Creci y Harlay. Era ministro de negocios extranjeros Colbert de Torcy, jóven de veinte y cinco años de edad, que habia sucedido á su padre Colbert de Croissy en 1696 y que era guiado por su suegro Arnaldo de Pomponnes, que entró en 1691 en el consejo.

El jefe de la escuadra, Pointis, llevó á cabo la empresa mas atrevida de toda la guerra de piratería. Con diez ú once navíos, con los cuales se incorporaron los piratas de las Antillas, fué á poner sitio á Cartagena, que era el depósito de todas las riquezas de la América española y que estaba defendida por muchos fuertes y una guarnición muy numerosa. Se apoderó de los fuertes, de la bahía y de la ciudad, la cual puso á rescate, y robó en ella nueve millones de barras de oro y plata, sin contar las inmensas riquezas que repartió entre sus compañeros de piratería.

El duque de Vendome (1), que habia ocupado el puesto de Mariscal de Noailles en Cataluña, sitió á Barcelona por tierra, mientras el conde de Estrées la bloqueaba por mar; y á pesar de los inmensos esfuerzos de los aliados para libertar esta plaza, se rindió despues de una heroica y brillante resistencia (10 de agosto de 1697), y su capitulacion decidió la firma de los tratados de Ryswich (2).

Se concluyó el primer tratado con las Provincias Unidas, España, Inglaterra (20 de octubre), la Francia devolvió á estas tres potencias todas las conquistas hechas despues del tratado de Nimega y consintió en que ocupasen guarniciones holandesas las principales plazas de los Países Bajos. Luis XIV reconoció á Guillermo III rey de la Gran Bretaña y heredera suya á su cuñada Ana Estuardo, y prometió no dar auxilio alguno á Jacobo II para recobrar su corona.

26.—El segundo tratado arregló las diferencias del emperador y del imperio (30 de octubre). Francia devolvió todas las ciudades adquiridas despues del tratado de Nimega, á escepcion de Estrasburgo; cedió á Friburgo, Brisach y Filipsburgo, y abandonó todos los puntos fortificados que tenia en el Rhin. Res-

(1) Nieto natural de Enrique IV.

(2) Un suceso inesperado, la muerte de Sobieski, rey de Polonia, inutilizó estas negociaciones. El principe de Conti, sobrino del gran Condé, hombre de mérito pero que no merecia la estimacion del rey, fué elegido por la mayoría de la dieta polaca por medio de las intrigas y promesas del embajador francés el abate de Polignag. Pero la minoría eligió por rey al elector de Sajonia que abjuró el protestantismo para subir al trono, y cuando Conti partió en una escuadra mandada por Juan Bart, no pudo entrar ni siquiera en Danzig y regresó á Francia.

tituyó á Leopoldo, hijo de Cárlos V, la Lorena menos Saarlouis con el derecho de paso por medio del ducado, reconoció á Clemente de Baviera como elector de Colonia, y se contentó con una suma de dinero en cambio de los derechos que la duquesa de Orleans reclamaba sobre la sucesion palatina.

Esta paz humilló sobremanera el orgullo de Luis XIV; á pesar de sus triunfos y sus numerosos esfuerzos, se veia forzado á restituir sus conquistas, á abandonar sus posiciones en Alemania adquiridas por el tratado de Vestfalia y á renunciar á la causa de Jacobo II que era la de todos los reyes: Guillermo III y el príncipe protestante eran, pues, los verdaderos vencedores. Francia empero tenia necesidad de conseguir la paz á cualquier costa en medio de su cansancio; habia vencido ya una coalicion y se habia defendido con gloria de otra, pero no desconocia Luis que era imponente para sostener una tercera lucha sino daba algun momento de reposo á este país tan fuerte, fecundo y leal. Finalmente, no queria tener toda la Europa sobre las armas en el momento en que iba á estallar la gran cuestion que habia lanzado en el olvido tanto tiempo, y que era la cuestion capital de su reinado. Todo el mundo preveia que la muerte de Cárlos II seria la señal de un trastorno universal, y se hacian en todas partes preparativos y se tomaban precauciones; Guillermo III consolidando su trono en Inglaterra; el emperador concluyendo la paz de Carlowitz con los turcos (1), Luis XIV dejando que su reino recobrase fuerza y prosperidad; y la Europa entera estaba en paz y esperaba silenciosa, con las armas en la mano, el último suspiro del desgraciado descendiente de Cárlos V.

(1) La paz de Carlowitz, tan funesta al imperio otomano y de la cual data su decadencia, fué una victoria de Guillermo III sobre la influencia francesa en Oriente. Cuando Luis XIV entabló las negociaciones de Ryswick, se le dijo á su aliado de Constantinopla y le ofreció hacerle admitir en el tratado. La Puerta se negó y consideró como una defeccion la paz que sin ella firmaba. De modo que empezó el imperio turco á negociar con el emperador á instancias de Guillermo III que le ofreció la mediacion de Inglaterra y Holanda. Luis XIV, que se preparaba á tomar otra vez las armas para la sucesion de España, le pidió en vano que continuara la guerra; se firmó la paz de Carlowitz que causó á la Turquía la pérdida de cinco provincias, dió principio á la existencia europea de los rusos dándoles una entrada (Azof) en el mar Negro.

CAPÍTULO XV.

GUERRA DE SUCESION DE ESPAÑA.

1. Situacion de la monarquía española.—2. Causas de su decadencia.—3. Pretendientes á la sucesion de España.—4. Tratado de particion.—5. Testamento de Carlos II.—6. Luis XIV acepta el testamento para el duque de Anjou.—7. Temores y proyectos de las potencias extranjeras.—8. Ocupacion de los Países Bajos por los franceses.—9. Alianza de Luis XIV con los electores de Baviera y Colonia, el duque de Saboya y el rey de Portugal.—10. Liga contra Francia.—11. Muerte de Jacobo II y de Guillermo III.—12. Situacion de Francia.—13. Ministerio de Chamillard.—14. Campañas de Catinat, de Villeroy y de Vendome en Italia.—15. Combates de Carpi y Chiari.—16. Sorpresa de Cremona.—17. Batalla de Luzzara.—18. Operaciones junto al Rhin.—19. Batalla de Friedlingen.—20. Derrotas en los Países Bajos.—21. Batalla de Vigo.—22. Campaña de 1703.—23. Victorias de Ekeren, Hochstett y Spira.—24. Defecion de Saboya y Portugal.—25. Insurreccion de los Cevenas.—26. Campaña de 1704.—27. Batallas de Schelleberg y Hochstett.—28. El archiduque desembarca en España.—29. Toma de Gibraltar.—30. Campaña de 1705.—31. Fin de la guerra de los Cevenas.—32. Operaciones junto al Mosela.—33. Combate de Casano.—34. Toma de Barcelona.—35. Campaña de 1706.—36. Batallas de Ramilliers y Turin.—37. Sitio de Barcelona.—38. Campaña de 1707.—39. Batalla de Almansa.—40. Sitio de Tolon.—41. Toma de Stolhofen.—42. Sucesos del Norte.—43. Carlos XII.

1.—Los españoles habian adquirido en su | la del campo de batalla por espacio de ocho
lucha religiosa y nacional contra los árabes, | siglos. Cuando acabaron de reconquistar su



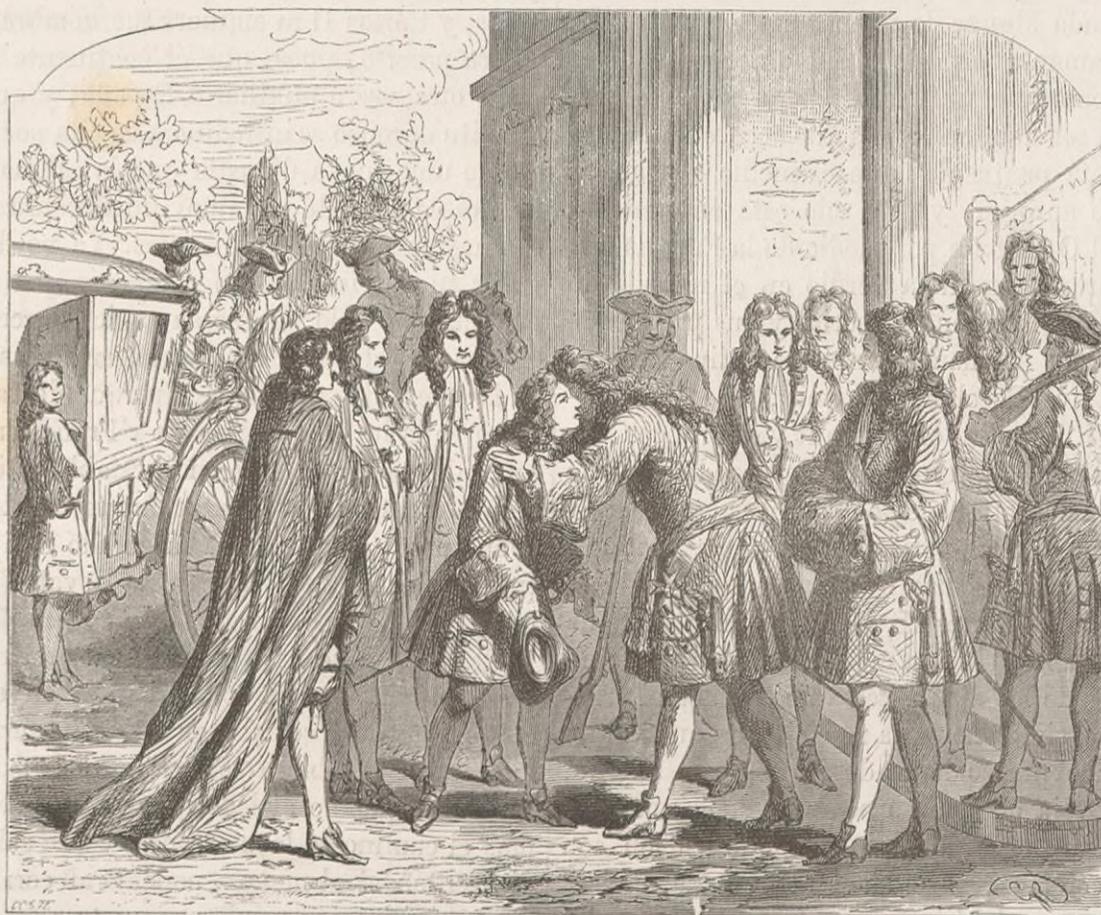
LUIS XIV PRESENTA Á SUS CORTESANOS AL DUQUE DE ANJOU PROCLAMADO REY DE ESPAÑA. (16 DE NOVIEMBRE DE 1700).

lucha que no admitia transaccion, un carácter de extrema perseverancia, la mas ardiente energía y un entusiasmo ciego en las batallas, y no habian tenido mas existencia que

suelo y su religion del poder de los extranjeros é infieles, emplearon su actividad, no en el interior de su patria, donde existian tantos elementos heterogéneos que unir y con-

fundir en una preciosa unidad, sino fuera de España y arrastrados por el espíritu caballeresco, heroico y aventurero que llevó sus armas á Italia, á los Países Bajos, á Alemania, á Francia, á América y á la India. Agotóse bien pronto su actividad al esparcirla en tantos sentidos y por tantos países, y su entusiasmo y sus movimientos se extinguieron y

los habian destruido ó esclavizado, y esta fué la causa de sus crueldades en América, en los Países Bajos y en Italia, y del odio que se acarrió su dominacion. Su espíritu emprendedor por el hábito de conquista y tenaz por la estension de sus luchas, estaba falto de moderacion en la fuerza y de habilidad en el mundo. Esto ocasionó la separacion de los



EL DUQUE DE ANJOU DESPIDIÉNDOSE DE SU PADRE PARA IR Á ESPAÑA.

debilitaron rebosando mas allá de estos espacios inmensos.

2.—Y esta fué la primera causa de su decadencia.

Los españoles representaron con su genio conquistador por espacio de un siglo el papel de los romanos; pero conservaron en sus guerras el carácter inexorable y exclusivo que debian al aislamiento de su patria y espíritu de su lucha contra los árabes. No habian sabido asimilarse ni gobernar á los vencidos, pues

Países Bajos y de Portugal, esto la rebelion continua de Cataluña y Sicilia.

Esta fué la segunda causa de su decadencia.

El espíritu de libertad municipal habia alentado el movimiento interior de España y facilitado la salvacion y defensa del territorio. La dinastía austriaca combatió con ardor este espíritu, y la formacion de la monarquía despótica de Felipe II llegó á agotar este manantial de actividad del país, sin destruir completamente el espíritu de localidad ni con-

seguir la unidad. España no tomó parte alguna en el movimiento protestante que aunque revolucionario era tan regenerador, y hasta trató de paralizar á los demás Estados en el absolutismo católico, pero se halló separada del continente mas por sus ideas que por la naturaleza.

Esta fué la tercera causa de su decadencia.

Una de las maravillas del siglo XVI es, sin duda alguna la monarquía española, tan rápidamente formada y que amenazó con ser la monarquía universal; pero la Europa no podia ser dominada mas que accidentalmente por esta península, que es medio africana y medio europea, y que solo está en contacto con el Occidente por medio de la Francia. La monarquía española perdió en el reinado de Carlos V la corona imperial y sus pretensiones sobre Alemania; en el de Felipe IV Portugal, el Rosellon y Artois; en el de Carlos III, Flandes, el Harnaut y el Franco Condado; en cada reinado se desprendia de una provincia para hacerse mas sólida, y hacia un movimiento de retirada que debia terminar por no ocupar mas que la península. En el reinado de Carlos II, la poblacion de España se hallaba reducida á seis millones de habitantes de los diez y seis que contaba al principio del siglo; no tenia mas ejército que veinte y cinco mil soldados desnudos y sin aliento, y se veia obligada á pedir prestadas naves á Génova, para ponerse en comunicacion con sus colonias, y soldados al emperador para conservar el Milanesado. La soberana de las minas del Potosí hacia gravosos empréstitos y no hallaba quien le prestara un ducado; ciento sesenta mil extranjeros explotaban el comercio, la hacienda y los recursos de España, y su agricultura yacia espirante por la proscripcion de los moros, por la *Mesta*, el clero y los mayorazgos. «La muerte habia penetrado en todos los poros de su cuerpo social; en la nacion, por la ruina de sus libertades; en el gobierno, por la destruccion de su marina, de sus ejércitos y sus rentas; en la propiedad, por la paralización del trabajo, las instituciones y las donaciones á las comunidades

religiosas; y en la poblacion, por la inaccion y la pobreza. No existia un escritor, un filósofo, un pensador, ni un hombre de Estado; el hambre y la holgazanería se estendian sobre el país como una lepra. Nunca ha sido tan marcada la decadencia de una familia como la del Austria en España. Carlos V habia sido general y rey, Felipe II no habia sido mas que rey, Felipe III y Felipe IV no fueron casi reyes, y Carlos II ni siquiera fue hombre.

Era preciso, pues, que el continente acudiera otra vez á auxiliar á España, y que el espíritu europeo se introdujera en ella por medio de una nueva dinastía que la animase y la hiciese salir de la inmovilidad peninsular en que yacia por segunda vez. Ya no debia venir su movimiento de Alemania, sino de Francia, no solo porque su posicion geográfica parecia destinarla á no moverse mas que en la esfera de su país, sino porque debia terminarse la lucha que España y Francia mantenian dos siglos hacia con el establecimiento de la dinastía del país mas fuerte en el mas débil, proyecto que habia intentado Felipe II enmascaradamente y que debia llevar á cabo Luis XIV.

El pueblo que ha estado siempre en lucha y en contacto con el continente, y cuyo carácter es el mas social y cuya inteligencia la mas impresionable á todas las ideas, debia vencer al pueblo aislado que no ha sido jamás el camino de las naciones, y que solo podia, entonces al menos, ponerse al corriente de la civilizacion por la conquista extranjera ó por matrimonios dinásticos.

El pensamiento dominante de Richelieu y de Mazarino consistia en hacer entrar á España en el sistema político de Francia, y este fue tambien el que siguió Luis XIV desde el principio de su reinado con tanto tino como buen éxito. El rey lo habia dejado en el olvido durante treinta años arrojándose, en pos de su venganza y de sus ideas de monarquía absoluta y católica, tan pronto sobre las provincias unidas como sobre la Alemania, y en el momento en que meditaba abarcar otra vez este pensamiento, hallaba á toda la Europa

cambiada por culpa suya. No tenia aliados; odiado por la usurpacion de algunas ciudades, habia sufrido dos coaliciones, y su reino se veia, en fin, en una situacion desastrosa, cuando era preciso emprender una guerra universal, para reclamar toda la monarquía española.

3.—Cárlos II casó en primeras nupcias con María de Orleans, sobrina de Luis XIV, princesa que adquirió sobre él un inmenso ascendiente, y que murió envenenada, segun dicen, en 1687, por el partido austríaco; y se casó en segundas nupcias con una princesa de Baviera-Nemburgo. No tuvo hijos de ninguno de estos matrimonios, y el desgraciado rey, viejo ya á los treinta y nueve años, arrastraba una vida agonizante en medio de las ardientes intrigas que en torno de su lecho de muerte se alzaban para determinar su sucesion. Todos los príncipes que estaban unidos á la familia de España reclamaban su herencia, sin que nadie pensase en consultar el pueblo español, como si una nacion, decia Fenelon entonces, perteneciese á una hija del mismo modo que un prado á una viña, ó como si una nacion fuese un dote.»

Felipe II habia casado á su primogénita con Luis XIII y á la menor con el emperador Fernando III. El hijo de la primera era Luis XIV y el de la segunda era el emperador Leopoldo. Felipe IV habia casado á su primogénita con Luis XIV y á la menor con Leopoldo. La primera era madre del delfin, que tenia tres hijos, los duques de Borgoña, de Anjou y de Berry; la segunda habia tenido una hija, casada con el elector de Baviera, la cual tenia un hijo. Al casar Felipe III y Felipe IV á sus primogénitas con Luis XIII y Luis XIV, les habian exigido la renuncia al trono, pero no la habian exigido de sus hijas menores. Segun estas relaciones de parentesco, aparecian como pretendientes: 1.º el delfin como biznieto de Felipe III y nieto de Felipe IV; 2.º Leopoldo como nieto de Felipe III, y transmitiendo su derecho á su hijo menor, el archiduque Cárlos que habia tenido de segundo matrimonio; 3.º el príncipe de Baviera como biznieto

de Felipe IV. Si no se admitian las renunciaciones de las esposas de Luis XIII y de Luis XIV, el derecho de la casa de Borbon era evidente y justo; si se admitian, el derecho del príncipe de Baviera era mas razonable que el de Leopoldo ó de su hijo Cárlos. Pero Leopoldo tenia en su favor el nombre de Austria, la union constante de las dos ramas austríacas, y el odio perenne de estas dos ramas contra la casa de Borbon.

Toda Europa debia desear que no recayese la sucesion en el Austria ni en Francia, sino en favor del príncipe de Baviera que apenas contaba cinco años de edad. Este era el deseo y parecer de los españoles que querian con empeño conservar intacto el haz de Estados de su estensa monarquía. Cárlos II hizo un testamento secreto (1695) por el cual instituia heredero universal al jóven príncipe, pero la reina de España, que era enteramente adicta al emperador, consiguió hacer pedazos este testamento, y Leopoldo ofreció enviar un ejército á Cataluña contra los franceses (continuaba todavía la guerra de la liga de Augsburgo), si el rey queria recibir al archiduque en Madrid y reconocerle por heredero. Cárlos titubeó, aunque sus tendencias fueran absolutamente austríacas, Leopoldo no envió sus tropas á Cataluña, pero no por eso dejó de parecer muy probable que el archiduque seria el que heredase toda la monarquía; hasta se creyó que se habia firmado un testamento secreto en su favor, y todos los aliados del emperador y principalmente Guillermo reconocieron, en fin, su derecho á la sucesion de España.

4.—Luis XIV seguia con miradas atentas estas intrigas y desesperaba de hacer triunfar sus pretensiones; su embajador en Madrid, el marqués de Harcourt, no habia podido conseguir una audiencia del rey, y la corte de España parecia animada de un sentimiento hostil muy marcado contra Francia. Dirigióse entonces Luis á Guillermo III, que desde la paz de Ryswick era el árbitro de Europa y le propuso una particion de la monarquía española entre los tres pretendientes como el

único medio de conservar el equilibrio europeo. Guillermo adoptó esta idea, y se firmó un tratado en el Haya (11 de octubre del año de 1698), entre Francia y las Provincias Unidas para la particion de la monarquía española. Destinábanse al delfin el reino de Nápoles, Sicilia, los predios de Toscana y Guipúzcoa, cuyas posesiones habian de incorporarse á la corona de Francia; el archiduque de Austria debia heredar el Milanésado, y el príncipe de Baviera el resto de la monarquía. Los tres participantes debian comprometerse á rechazar cualquiera disposicion testamentaria hecha en favor de alguno de ellos por el rey de España, para respetar la particion.

Este tratado era muy ventajoso para Francia, que hubiera visto con placer sentado en el trono de España y de los Países Bajos á un representante de la casa naturalmente rival del Austria, y hubiese conseguido además una entrada en la Península por Guipúzcoa, y en Italia por Nápoles y Toscana. Accedió al tratado el elector de Baviera, y el emperador lo rechazó. Carlos II se indignó al ver que los extranjeros se repartian su monarquía antes de bajar al sepulcro, y volviendo á sus primeras ideas, declaró heredero universal al príncipe de Baviera. Pero este niño murió algunos meses despues (6 de febrero de 1699), y fueron nulos el testamento de Carlos II y el tratado de particion.

Luis se apesadumbró con esta muerte de la cual acusó á la casa de Austria; estaba íntimamente convencido de que Carlos II haria otro testamento en favor del archiduque, y estando resuelto á llevar adelante su pretension y defender su derecho, se veia en la precision de continuar la guerra para arrancar una parte de la sucesion. Trató, pues, de cortar la dificultad con un nuevo tratado de particion.

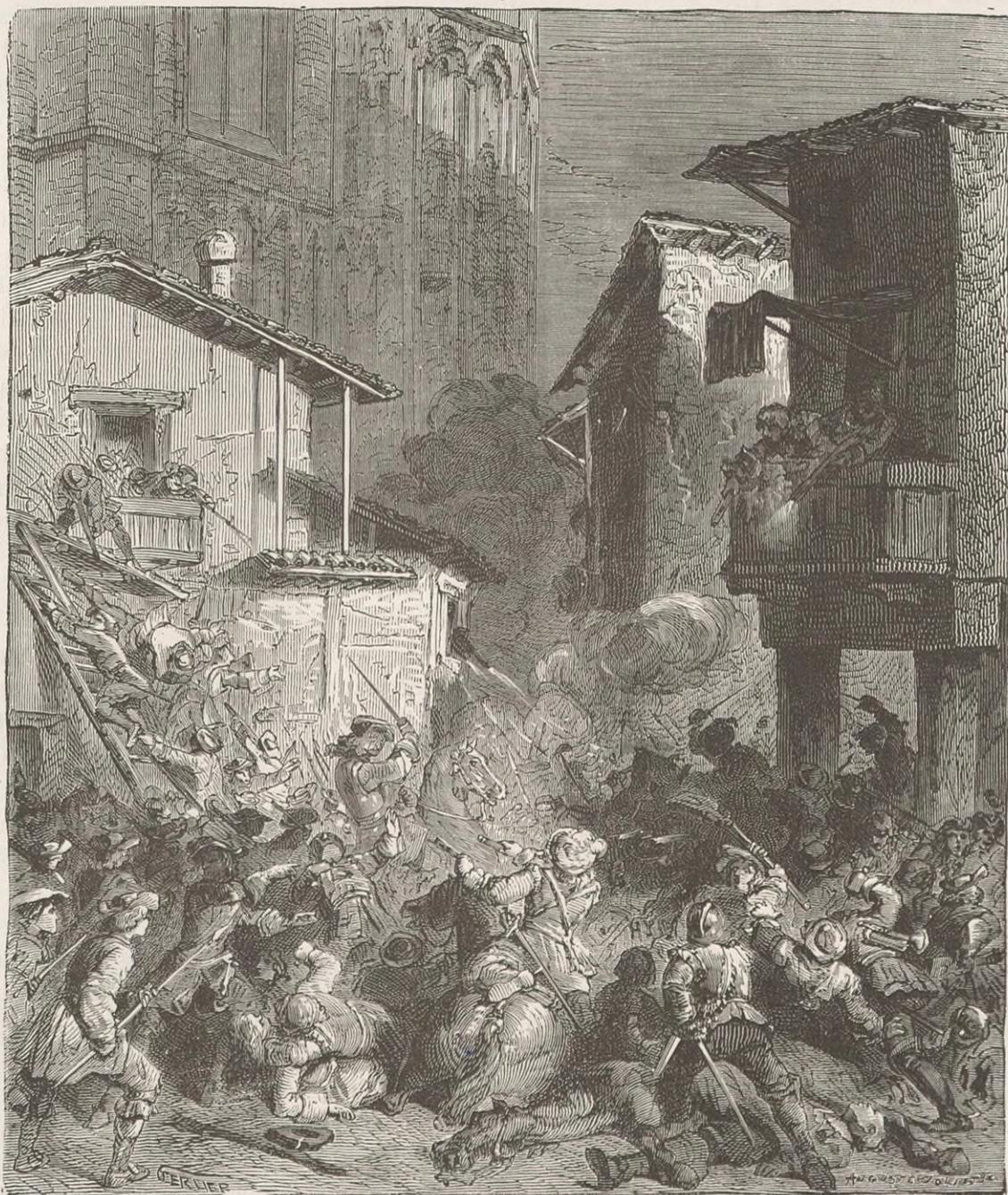
Estos tratados excitaron la justa cólera é indignacion de los españoles que miraban como una deshonra el desmembramiento de su monarquía. El único medio de evitar el riesgo, decian ellos, era conceder la herencia total á un príncipe austríaco ó á un Borbon. Añadian que Francia era infinitamente mas

capaz que el Austria de conservar intactas todas las partes de la monarquía, que era fuerte y estaba unida y gobernada por un gran rey que limitaba por todos lados las posesiones españolas, que habia sabido resistir por sí solo á toda la Europa reunida, y que agregando sus fuerzas á las de España venceria fácilmente al Austria, en tanto que si se tomaba un príncipe austríaco era inevitable el desmembramiento, porque no podia dudarse que Luis XIV llegaria á conquistar al menos los Países Bajos y el Milanésado. Bajo la influencia de estas ideas se formó entre la nobleza, el clero y el pueblo de España, un partido resuelto á salvar la integridad de la monarquía, haciendo recaer la sucesion en un Borbon, aunque con la condicion expresa de que jamás habian de reunirse en una cabeza las dos coronas de Francia y España. Disper-tábase de este modo el espíritu de las renunci- cias impuestas con solo este objeto á las esposas de Luis XIII y Luis XIV.

Los nobles españoles consultaron al marqués de Harcourt para saber si Luis adoptaria un testamento hecho en favor del duque de Anjou, hijo segundo del delfin, pero el rey le prohibió que diese ningun paso bajo este sentido, pues estaba íntimamente persuadido de que Carlos II no consentiria jamás en desheredar á su casa á favor de un Borbon, y no pensó mas que en hacer otro tratado de particion que llevó á cabo (13 de mayo del año 1700). Por este tratado se añadía á la parte de Francia la de Lorena que cambiaba por el Milanésado cedido al duque Leopoldo, y el archiduque heredaba la España, los Países Bajos y las Indias.

Esta segunda particion era menos ventajosa que la primera. Hacia dos siglos que la potencia austríaca envolvía por todos lados á la Francia, y habia combatido desde Francisco I para librarse de los peligros continuos de una situacion tan poco segura. Cuando queria marchar hácia delante en la frontera oriental, por donde está en contacto con el centro de Europa y donde forzosamente debia desplegar su actividad, se hallaba detenido por

de atrás, se veía entorpecido por los Pirineos y comprimida por España. La fatal necesidad de desembarazar continuamente su frontera no tener mas que el Austria á quien combatir, asegurar las espaldas haciendo entrar á España en el sistema político francés, y caer



COMBATE EN LA CIUDAD DE CREMONA (1702).

del sudoeste que le habia impedido estender sus límites naturales del Rhin y de los Alpes, le obligaba á hacer desaparecer á cualquier costa este peligro que no le dejaba un momento de reposo ni de felicidad, era preciso en adelante sobre el Rhin, los Países Bajos y los Alpes con todas las fuerzas de Francia y hasta con las fuerzas de España, convertida de este modo en un satélite forzado y natural. La segunda particion contrariaba esta poli-

tica : Francia hallaba al Austria en los Pirineos, y no compensaba esta desventaja las posiciones de Italia, porque estas eran tan precarias que Luis negoció para cambiar á Nápoles y Sicilia por Niza y Saboya. La Lorena era una provincia desmantelada que se ocupaba cuando se quería, y que habituada cincuenta años hacia á la dominacion francesa lo era por costumbre y por posicion.

Luis XIV tenia tanto deseo de conseguir pacíficamente alguna parte de la sucesion española que se esforzó á hacer triunfar el tratado de particion. Pero el emperador lo rechazó diciendo que el archiduque no seria mas que un rey aprisionado por la Francia; se creia aun seguro de obtener la sucesion total, y no obstante desistiendo de su negativa, propuso que cediera á su hijo el Milanésado en cambio de los Países Bajos y de las Indias. Luis hubiera accedido á este cambio si no hubiese temido acarrearle inevitablemente la enemistad de Inglaterra y Holanda, que querian ántes que todo impedir que la Francia poseyese los Países Bajos; y conservaba con mucho afan la alianza de estas dos potencias, persuadido de que el emperador cederia viéndole de acuerdo con ellas, y de que no cediendo, podria vencerle fácilmente en una guerra en que el alma de la liga de Augsburgo iba á ser la aliada de Francia. Rechazó pues el cambio á pesar de las instancias de su embajador en Viena el marqués de Villars «El emperador, decia este, desea una verdadera union mas sinceramente de lo que se piensa en Francia; pero como el rey no quiso creer jamás que el emperador deseara de buena voluntad repartir con él la monarquía de España, el emperador tenia igual duda y pensamiento que el rey.»

La noticia de la segunda particion causó mucha sensacion en España; Carlos II se quejó á toda la Europa; de Harcourt salió de París temiendo el resentimiento de los españoles, y fue á tomar el mando de un ejército de cuarenta mil hombres que el rey organizaba en los Pirineos; y las provincias de la antigua corona de Aragon (Aragon, Cataluña y Va-

lencia), proyectaron separarse de Castilla, cuya dominacion habian odiado siempre, y nombrarse un soberano particular. Viendo estos peligros de desmembramiento tanto en el exterior como en el interior, el partido francés se engrandeció y se convirtió en partido nacional. El cardenal Portocarrero, primer ministro de Carlos, «le pedia que convocase las córtes del reino para decidir con seguridad y valederamente un punto tan importante.» Efectivamente, habia llegado el caso en que es permitido á un pueblo obrar con toda libertad y elegirse un soberano, pero el enfermizo y débil monarca, imbuido en las ideas del poder absoluto, se creia con pleno derecho para disponer de una nacion como de una propiedad, y permaneció siempre indeciso, inquieto, rodeado de intrigas, inclinándose en favor de la casa de Austria, á pesar de las miserables disputas de etiqueta que le hacian enemigo del emperador, y hasta llegó al extremo de invitar al archiduque para que viniera á España.

5—El partido francés luchando con esta apasionada inclinacion que el rey tenia por su casa, consiguió alejar á la reina del partido alemán, y el consejo de Castilla declaró á Carlos II que era preciso sacrificar los afectos de familia al interés de la nacion, y que el único medio de conservar la monarquía española consistia en hacer testamento en favor del duque de Anjou.

El desventurado rey se resistió todavía, y sintiéndose alarmada la conciencia consultó el asunto con el papa Inocencio XI, que, segun el parecer de sus cardenales, le respondió que los reyes no pertenecen á sus familias sino á sus pueblos, y que las leyes de España, lo mismo que el bien de la cristiandad, exigian que diera la preferencia á la casa de Borbon. Carlos se decidió á hacer un testamento (2 de octubre de 1700) en el cual reconociendo que las renunciaciones de su tia y de su hermano no habian tenido otro objeto que el de impedir la renuncia de los reinos de España y Francia, para concederle al duque de Anjou con la condicion de que renunciaria para él y sus here-

deros á los derechos que pudiera tener á la corona de Francia. Si el duque no admitia la herencia le sustituia el archiduque Carlos.

Cárlos II murió (1 de noviembre del año de 1700) veinte y ocho dias despues de haber firmado con profunda repugnancia este documento que desheredaba á su familia, que lo merecia naturalmente.

6.—Todos los Estados de la monarquía española dieron su aprobacion completa al testamento de Cárlos II, y la junta de regencia envió una copia á Luis XIV, invitándole á que diera sus órdenes en nombre de su nieto á los vireyes, gobernadores, ministros y empleados de toda la monarquía. El rey se arrepintió del impulso que habia dado al tratado de particion, que no hubiera hecho si hubiese conocido mejor el espíritu que animaba á la corte de España. Pensó no obstante en un principio no aceptar el testamento, bajo la persuasion de que si lo hacia iba á ocasionar una guerra universal superior á las fuerzas que entonces tenia el reino, y sometió tan grave cuestion á un consejo extraordinario compuesto del delfin, del canciller Pont-Martrain (1), del duque de Beauvillers (2) y del marqués de Torey, Beauvillers se manifestó partidario del tratado apoyándose en la apurada situacion de la Francia, y el canciller y Torey del testamento. El canciller decia que no podia desconocerse en el tratado de particion la enemistad antigua de la mano hábil y sagaz que habia dado á Francia nombres pero nunca cosas, ó mas bien, cosas imposibles de conservar. Si no se acepta el testamento, dijo Torey, se perderán todos los derechos hasta de una parte de la sucesion, pues en este caso el archiduque sustituia absolutamente al duque de Anjou, y era forzoso, pues, conquistar esa parte á los austriacos, que serian entonces legítimos poseedores, apoyados por los españoles que defenderian con entusiasmo la integridad de su monarquía. Añadió que no de-

(1) Dejó el ministerio de Hacienda en 1699 para suceder al canciller Boncherat.

(2) Saint-Argnan, gobernador del ducado de Borgoña, reputado como el hombre mas virtuoso de la corte. Era amigo íntimo de Fenelon y el último gran señor que admitió el rey en su consejo.

bia contarse de ningun modo con la alianza de los holandeses é ingleses, habiendo accedido Guillermo con tanta repugnancia al tratado, y no habiéndolo sancionado el parlamento de Inglaterra; y finalmente que no teniendo que elegir entre la paz y la guerra, sino entre dos guerras, valia mas hacerla pretendiendo todo el derecho, que una parte sin derecho que no apaciguaria los odios de la Europa.»

El delfin habló en igual sentido. Luis se retiró, oyó igual parecer y consejo de los labios de madama de Maintenon, y permaneció tres dias sin tomar una decisiva determinacion. Declaró por fin al embajador de España que aceptaba el testamento y presentó al duque de Anjou á su corte como á rey de España con el nombre de Felipe V. «Sed buen español, dijo á su nieto, pero acordaos de que habeis nacido en Francia para conservar la union entre ambas naciones y defender la paz de Europa.»

La aceptacion de la monarquía española para un Borbon era ciertamente una resolucion muy peligrosa, pero al mismo tiempo muy grande y gloriosa, y nos atrevemos á decirlo en voz muy alta, fué una resolucion nacional á pesar de las desgracias que con ella se ocasionaron. No hay duda que impulsó á aceptar á Luis XIV la noble ambicion de ver á su nieto sentado en el trono de Cárlos V, pero tambien es cierto que obró así inspirado por el gran pensamiento político que dominaba el gabinete francés desde el reinado de Enrique IV. La Francia disfrutaba definitivamente sobre España la preponderancia ejercida en un principio por España sobre Francia, y que habia sido sucesivamente sacudida, aceptada y anulada. Este inmenso cambio se reasumia en esta palabra profunda magnífica, y cuya verdad no se ha reconocido aun en toda su estension, en esta palabra que Luis XIV le dijo á su nieto al separarse de él. *¡Ya no hay Pirineos!*

«De modo que despues de doscientos años de guerra y negociaciones por algunas fronteras de los Estados españoles, la casa de Fran-

cia obtenia de una plumada toda la monarquía sin tratados, sin intrigas y hasta sin haber esperado esta sucesion.» «¿Qué hubieran dicho Fernando é Isabel, Carlos V y Felipe II, que tantas veces intentaron invadir la Francia, su natural enemiga, viendo á un hijo de la nacion odiada sentado en el trono de España por testamento del último rey de su raza, sin haber contribuido á este resultado ninguna promesa, y habiendo causado por el contrario extrema sorpresa al rey francés y á todos sus ministros que se vieran hundidos en

ceses y los españoles unidos, serán dentro de poco tiempo tan formidables que podrán muy fácilmente someter á toda la Europa á su dominacion é imperio.»

Quedaba, pues, establecida la monarquía universal, la monarquía de Carlos V, y mas temible aun por la continuidad de sus Estados. La Francia podia llevar al Rhin todas sus fuerzas sin inquietarse por los enemigos que antes tenia á sus espaldas, iba á tener por satélites á España é Italia, á reunir de hecho á esos Países Bajos, tan codiciados, y volviendo á



VILLEROY.

la incertidumbre é irresolucion antes de aceptarlo?

7.—Las potencias extranjeras quedaron llenas de estupor cuando supieron el contenido del testamento de Carlos II y la aceptacion de Luis XIV. Creyeron que el orgulloso rey habia engañado á toda la Europa con sus proposiciones de particion, que debia el logro del testamento al ardid y al engaño, que no observaria la cláusula relativa á la separacion de ambas coronas, y que Felipe V seria mientras él viviese su vasallo. «Los reinos de Francia y España, escribia el emperador, deben considerarse ya como un solo reino, y los fran-

abrir el puerto de Amberes; á amenazar á Amsterdam y Lóndres; y sus naves, en fin, iban á dominar desde el golfo de Tarento hasta las bocas del Escalda, y á enviar los productos franceses á América y á la India.

Luis trató de demostrar á toda Europa, especialmente á Inglaterra y Holanda, que la aceptacion del testamento era un acto de pura necesidad y violencia forzosa de sus compromisos para afirmar la paz del mundo, que el tratado de participacion hubiera ocasionado la guerra, negándose á aceptarla el emperador; que los súbditos españoles no podrian ser divididos; y que la conservacion íntegra de la

LA VERDAD POR ESPAÑA.

El presente libro es el resultado de un largo y paciente estudio de los hechos que se han sucedido en España desde el año 1808 hasta el presente. El autor se propone dar a conocer a los españoles la verdad sobre los sucesos que han ocurrido en su patria, y a los extranjeros la verdad sobre España. Para ello se ha consultado a los autores que han escrito sobre España, y se ha comparado sus opiniones con los hechos que se han sucedido en España.

CATOLICISMO.

El catolicismo es la religión que ha sido siempre la base de la civilización occidental. En España, el catolicismo ha sido siempre la base de la unidad nacional. En el presente libro se trata de demostrar que el catolicismo es la religión que ha sido siempre la base de la civilización occidental, y que en España, el catolicismo ha sido siempre la base de la unidad nacional.

PIO IX.

Pío IX es el papa que ha sido siempre el defensor de la fe católica. En el presente libro se trata de demostrar que Pío IX es el papa que ha sido siempre el defensor de la fe católica, y que en España, Pío IX ha sido siempre el defensor de la unidad nacional.

ISTORIA DE ESPAÑA, HISTORIA.

La historia de España es la historia de la civilización occidental. En el presente libro se trata de demostrar que la historia de España es la historia de la civilización occidental, y que en España, la historia es la historia de la unidad nacional.

EL REMEDIAMIENTO O LA TERRENA DE LA CONCIENCIA.

El remedio o la tierra de la conciencia es el remedio que ha sido siempre el defensor de la fe católica. En el presente libro se trata de demostrar que el remedio o la tierra de la conciencia es el remedio que ha sido siempre el defensor de la fe católica, y que en España, el remedio o la tierra de la conciencia es el remedio que ha sido siempre el defensor de la unidad nacional.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATOLICAS.

Las misiones católicas son el remedio que ha sido siempre el defensor de la fe católica. En el presente libro se trata de demostrar que las misiones católicas son el remedio que ha sido siempre el defensor de la fe católica, y que en España, las misiones católicas son el remedio que ha sido siempre el defensor de la unidad nacional.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Salen cuatro entregas semanales á medio real una. A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas salidas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina por los reverendos P. M. Fr. José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona; y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona). Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra constará de cuatro tomos divididos en cuarenta y nueve entregas á 5 rs. una, y que á instancia de varios suscritores se reparten dos mensuales, logrando de este modo abreviar su duracion.—Los señores que gusten suscribirse y enterarse de la importancia de esta obra, podrán convenirse de ella con las doce entregas que llevamos ya reimpresas; las que están de muestra en esta casa editorial y en la de todos sus corresponsales.

PIO IX.

Historia documentada de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su glorioso pontificado, con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época, relacionados con el catolicismo, y un exámen detenido de las tres situaciones del mundo, correspondientes al nacimiento de este gran Pontífice, á su elevacion á la Sede romana y á la invasion de la capital de la cristiandad. Obra escrita por los reverendos D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora en Barcelona, y D. Emilio Moreno Cebada, doctor en sagrada Teología: ambos examinadores sinodales de varias diócesis, y autores de algunas obras religiosas y científicas.—Espléndida edicion ilustrada con preciosas láminas grabadas sobre boj representando los asuntos tratados en la obra.

Dos abultados tomos en 4.º mayor, con 26 magníficas láminas, á 100 rs. en rústica y 120 en pasta.—Tambien se servirá por entregas, dejando á voluntad de los suscritores el tomar semanalmente las que gusten de las 96 de que consta la obra, y cuyo precio es de un real la entrega en toda España.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.

Se reparte por ahora una entrega mensual á 5 rs. una: facultando asimismo á los señores que gusten suscribirse para adquirir á su comodidad las entregas publicadas.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra. Su precio es el de 67 rs. en rústica y 78 en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripción tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real cada una en toda España.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATOLICAS.

Boletin semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Sale cada sábado un número de 12 páginas en folio de esmerada impresion y excelente papel, cual exige la importancia de esta publicacion, adornado con preciosas láminas, intercaladas en el texto.—Los números que contengan *Mapa* solo constarán de 8 páginas.—En cada número se dan á mas 8 páginas gratis de *Cartas de los Misioneros de ambos mundos*, en continuacion de las que se publicaban en la *Revista católica*, y de forma que puedan encuadernarse por separado, encontrándose los señores suscritores con dos tomos al año, á cual mas interesante. El precio de la suscripción es el de 14 rs. trimestre; 26 semestre, y 48 por un año en toda la Peninsula. En Cuba y Puerto Rico á 17, 32 y 60 relativamente; y á 20, 38 y 72 en Filipinas y extranjero.—Números sueltos á real y medio.—Los trimestres empiezan en enero, abril, julio y octubre.